

INSPECTORÍA SALESIANA
"María Auxiliadora" - Sevilla

20/9/95



D. Felicísimo Aparicio Picado
salesiano sacerdote

A las siete de la tarde del día 20 de septiembre de 1995, en Sevilla, y a la edad de 82 años, partió hacia la casa del Padre

Don Felicísimo Aparicio Picado
salesiano sacerdote

Siempre había gozado de buena salud, -gracias a Dios, según solía decir-, hasta que en el mes de mayo, al perder el apetito, el médico que le atendía en San José del Valle le manda realizar unos análisis que dan como resultado el diagnóstico de una anemia producida por leucemia..

Acude a consultas en el hospital de Jerez de la Frontera, donde a principios de junio se le realiza un nuevo análisis de sangre y de médula. Viendo que la anemia era grande, se le hace una transfusión de sangre, que se va repitiendo cada quince días, sin que se vea mejoría.

Al encontrarse la casa de San José del Valle bastante alejada de un centro hospitalario y siendo cada vez mayor la frecuencia con que tenía que ser atendido, a primeros de agosto se le traslada a la Casa Inspectorial de Sevilla. Allí es atendido y cuidado en el hospital de San Juan de Dios, donde internado el día 11 de septiembre ante la crisis que presenta el cuadro de su enfermedad, fallecería al caer de la tarde del día 20. En esos días le acompañan en el hospital su hermana Saturnina, los salesianos de la Casa Inspectorial y los estudiantes de Teología.

La misa exequial, el día 22, fue presidida por el Padre Inspector y unos setenta salesianos de las inspectorías de Andalucía, además de su familia y numerosas personas. Rodeándole ahora tantos salesianos, hijos de Don Bosco gracias a su labor paternal y dirección espiritual en sus muchos años como Padre Maestro. Y tantos otros que no pudieron estar presentes, pero que con sus adhesiones y oraciones nos acompañaron en esos momentos.

Desde estas líneas damos las gracias a todos los que, sobre todo en los últimos momentos, le trataron con tanto cariño; a los médicos y ATS tanto de San José del Valle, como de Jerez y Sevilla. A Ana y Manola Cantizano de San José del Valle, que le trataron como si fuera un hermano suyo y le acompañaron en los momentos difíciles de su enfermedad.

¡BIEN, SIERVO BUENO Y FIEL! (Mt 25, 23)

¡BIEN!

El salesiano orienta la muerte a la luz de la realidad apostólica de su vida, pues ha servido a Dios en sus hermanos los jóvenes. Espera, por tanto, oír que el Señor le diga: “¡Bien, eres un siervo bueno y fiel!; pasa al banquete de tu Señor” (Mt 25, 23). Nosotros desde aquí ya lo decimos, y brota espontáneo el agradecimiento a su entrega y disponibilidad

Pocas veces habrá habido tanta unanimidad en la opinión sobre una persona como en el caso de D. Felicísimo. Llama la atención el consenso, e incluso el empleo de las mismas expresiones y los mismos adjetivos, para definirlo. *“El sentimiento que más ha estado presente en nuestro ánimo es el de la admiración. Un hombre cabal. Un hombre fiel. Un salesiano de cuerpo entero. Un religioso ejemplar”*. Su vida fue un regalo para cuantos se acercaron a él. *“¡Tenemos tanto que agradecerle por su equilibrio, serenidad y bondad, al tiempo que por su sentido salesiano y sacerdotal!”*

SIERVO

“Disponibilidad permanente son mis primeras palabras sobre nuestro D. Felicísimo. Vivía el SÍ. Recelaba el NO”. El estar siempre disponible es cualidad primordial del siervo, pero que con ser tan elemental, no se puede dar por supuesta ni se improvisa. D. Felicísimo estuvo siempre disponible porque siempre se preparó para ello.

Había nacido en un recio pueblecito castellano-leonés, en el Cubo de Don Sancho (Salamanca), donde la naturaleza no se prodiga y el hombre tiene que arrancarle sus frutos a base de trabajo y esfuerzo. Fue el 26 de enero de 1913 y en el seno de una familia profundamente

cristiana. Sus padres, Pedro y Teresa, lo educaron con buenos principios cristianos, juntamente con otros seis hermanos. La influencia de su madre le marcó para toda la vida en una serie de cualidades y valores imprescindibles en toda persona de gobierno y en todo corazón sacerdotal: educación, responsabilidad, acogida, amabilidad. Desde pequeño se le apreciaban las cualidades para “ser cura”. Gracias a la fuerte decisión de la madre, el año 1924 marcha a Montilla, al aspirantado.

En San José del Valle hace el noviciado, que culmina con la primera profesión (11/9/1931), y además los estudios filosóficos. El Trienio práctico lo hace en las casa de Alcalá de Guadaíra y Utrera. Por las circunstancias difíciles del momento -Guerra Civil- realiza los estudios teológicos por diversas casas de la Inspectoría Bética, para concluirlos en el Teologado de Carabanchel, donde es ordenado sacerdote en 1941. En Montilla celebró su primera Misa Solemne, apadrinado por los cooperadores D. Manuel Gómez Salas y su esposa Doña Asunción Gracia, matrimonio cristiano de feliz memoria en aquella ciudad.

La intensa vida espiritual, que ya se le notaba, llevó a los superiores a encaminarlo hacia las casas de formación, primero como catequista y luego como director del aspirantado de Montilla. Dirigió esta casa en años muy difíciles y junto a D. Fernando Martagón compartió la tarea de captación de antiguos alumnos, creando el Centro D. Bosco y dependencias para las actividades del Círculo Domingo Savio. En su época vio la luz la primera circular de los Antiguos Alumnos, con el nombre de “ACCIÓN”, apareciendo en portada el saludo de D. Felicísimo aplaudiendo y bendiciendo la iniciativa, bajo el título *“A modo de prólogo”*, en el que elogiaba la labor de los antiguos alumnos diciéndoles: *“Acción, es decir, trabajo, actividad, dinamismo; que es pregonar con este lema el espíritu que recibisteis de vuestros maestros y vuestra decisión de imitar a Don Bosco”* (15/1/1948). Comenta un antiguo alumno de entonces: *“Recuerdo aún el reflejo de la unidad existente en la comunidad y el respaldo que los jóvenes tuvimos en la época de D. Felicísimo trabajando con ilusión y en equipo por la continuidad de la labor*

salesiana de nuestra ciudad que tan buenas raíces hallaron en la vida colegial”.

En 1948 la obediencia lo envía a San José del Valle como director del Noviciado y dos años después simultanea este cargo con el de Maestro de Novicios, que desempeñaría hasta 1966. *“No tuvo aspiraciones a cargos relevantes. Cuando fue elegido para ellos, los aceptó religiosamente preparando su espíritu con la oración y estudio asiduo a fin de desempeñarlos con dignidad y provecho de sus dirigidos, ilusionado en beneficiar a nuestra Congregación en la medida de sus posibilidades humanas y espirituales”.*

Los dieciséis años que pasó como Maestro de Novicios marcaron su personalidad y la imagen que todos hemos conservado de él desde entonces. *“Podríamos llamarle, y con razón, el formador”*, dijo el padre Inspector en la homilía de sus exequias. Y es que por sus manos de “buen pastor” pasaron, en los noviciados numerosos de aquel tiempo, casi un millar de novicios, tanto de la Inspectoría de Córdoba como de Sevilla. Supo dejar en ellos un excelente recuerdo y un cúmulo de valores salesianos: *“Los que lo tuvimos de Padre Maestro, creo que podemos dar gracias a Dios porque su presencia mediadora en nuestras vidas ha sido decisiva en nuestra vocación salesiana”.*

El comentario a las Constituciones dice textualmente, cuando habla del formador: *“Una de las mayores gracias que puede tener un salesiano joven es, sin duda, encontrar formadores competentes y santos”.* En D. Felicísimo se cumplía este deseo de gracia para los jóvenes hijos de Don Bosco: *“Del corazón de tantos salesianos de nuestra generación brota espontáneo el agradecimiento por su entrega y disponibilidad y por su ejemplaridad salesiana”*, escribía el Regional, D. Antonio R. Tallón.

En su trabajo como orientador y guía espiritual, durante algunos años, humildemente, supo aprovechar la experiencia indiscutible del inolvidable Padre Montaldo, su predecesor como Maestro de Novicios, profundo y experto conocedor del auténtico espíritu salesiano adquirido al contacto de los beneméritos salesianos de la primera hora de nuestra Congregación. *“Me atrevo a afirmar que para D. Felicísimo el Padre Montaldo fue su gran mentor, del que recibió sabias y muy acertadas lecciones de espiritualidad salesiana*

para dirigir provechosamente a los futuros salesianos de los que fue digno y celoso Padre Maestro”, escribe uno de sus compañeros e íntimo amigo.

En 1966 es nombrado director de Algeciras, después profesor en Puerto Real y más adelante encargado de EGB en Cádiz. Le complacía comentar, en diversas ocasiones, lo que tuvo que luchar consigo mismo para adaptarse al bullicio de los niños, contratos de profesorado, papeleo y burocracia, o la organización de colegios en esos años de renovación pedagógica en que se iniciaba una nueva andadura en los planes de estudio. Significaba dejar la paz y serenidad del Valle, el cincelado paciente de las almas, el ritmo ordenado de una comunidad centrada sobre sí misma, la caricia de los valores en bruto de la salesianidad, para adentrarse en la vorágine de una pastoral educativa que estaba despertando y apostando fuerte por el futuro. Pero como buen salesiano, fue adaptándose “a lo que el Señor y las circunstancias le pedían”: *“Con una sencillez y disponibilidad ejemplares ha ido desarrollando los diversos cometidos que el bien de la Congregación le ha ido pidiendo”*.

Y la Congregación, en 1973 le pidió fuera Secretario inspectorial, ocupación que desarrolló hasta 1981, incluyendo un trienio como director de la Casa Inspectorial. Fueron años de un trabajo ordenado, silencioso y confidencial, cuyos frutos duran hasta hoy.

En 1981 se ofreció al Sr. Inspector de entonces, D. Santiago Sánchez, para asumir la delicada tarea de ser administrador de la casa de Mérida. De esa época recuerda su director: *“Hombre tremendamente meticuloso para darle al dinero el uso debido, sin regatear nada a nadie, pero con un claro sentido de la pobreza. No podría ser de otra manera. Nunca perdía su equilibrio y su paz interior, ni siquiera cuando se presentaban en algún momento de su gestión algún tipo de dificultades. Sentirse en manos de la providencia de Dios era una de sus constantes en el desarrollo de las diversas actividades que llevó entre manos”*.

Los años que van de 1984 a 1993 los pasa en la casa de Badajoz como coadjutor de la parroquia, donde se prodiga como asiduo confesor, confidente y guía espiritual.

“En sus últimos años de estancia en el colegio de Badajoz, fue ayudante en la administración, respondiendo con toda generosidad, siendo un verdadero hermano, compañero y ángel de la guarda en el trabajo y en los pequeños servicios de hacer recados”, comenta un hermano de aquella comunidad.

En 1993, a sus ochenta años, cuando creía que ya todo estaba cumplido, como a Abrahám, la obediencia llama de nuevo a su vetusta puerta y le pide que se traslade a San José del Valle: *“A cualquiera nos hubiera costado y hubiéramos pateado; él simplemente expuso las dificultades por su salud y dijo: ‘lo que Ud. quiera’”.*

Y subraya su compañero y amigo: *“La vida de D. Felicísimo fue de una entrega total al servicio de la Congregación en cuantos cometidos, con gran generosidad y dedicación, llevó a cabo en su peregrinación terrena”.*

BUENO

Si la bondad es la natural inclinación a hacer el bien, a nadie le cabe la menor duda de que Don Felicísimo era un hombre bueno. *“Era el salesiano de tierna bondad, humilde y sensible, de conversación amena y cariñosa que con su mirada transparente se ganaba con facilidad el corazón de cuantos tuvimos la suerte de conocerle y tratarle”.*

Bien es sabido que las personas altas imponen por su prestancia y por esa especie de mirar a los otros desde arriba. En el caso de D. Felicísimo era sólo apariencia física. Su personalidad estaba transida de sencillez. Era alto, un tanto tímido, siempre sereno y con una mirada tranquila, abierta y escrutadora, no tanto para indagar cuanto para comprender. Aparecía en su porte externo siempre limpio, impecable y ordenado, signo visible de su otra armonía y orden interior. *“Es el hombre sencillo por esencia; de cosas raras y estrambóticas. no encontrarás nada en él”.*

Hombre sereno, tranquilo, recogido, al principio imponía respeto, pero en seguida su trato exquisito daba confianza. Discreto y humilde, no dejaba mal a nadie. Cuando le pedían su parecer y no podía dar un juicio positivo de alguna persona, callaba y sonreía.

Cultivaba la comprensión y el sentido positivo de las personas. En uno de sus primeros encuentros en el hospital, cuando hubo de ser internado a causa del agravamiento de la enfermedad, una de las enfermeras no logró hacer las cosas como a ella le hubiera gustado, y su falta de pericia quedó reflejada en los moretones del brazo de D. Felicísimo... Entonces le comentó a su hermana Saturnina: "No le vayas a decir nada, que seguramente ella ha sufrido más que yo... Ya irá aprendiendo y logrará hacer mejor las cosas".

Fiel a la llamada de la tierra y de la sangre, gozaba de sus estancias en el pueblo; estuvo siempre muy cercano a su familia y se sentía muy a gusto con ella. De los momentos que más disfrutó en la celebración de sus bodas de oro sacerdotales fue el verse rodeado de sus hermanos, de sus sobrinos y de todos los niños, con quienes se entretenía paciente y gustosamente. Insistía con ilusión a sus hermanos que inculcaran a sus hijos la educación por ellos recibida de sus padres y les insinuaba que no dejaran de enviarlos a los salesianos. Recordaba, en este sentido, mucho a su madre y la labor tan ejemplar que había realizado en la educación de todos sus hermanos.

La capacidad de diálogo es una característica del estilo educativo de Don Bosco, estilo movido y sostenido por la simpatía, por la capacidad de escucha, y también por la información válida, que suscita confianza y apertura, favorece la comunicación y facilita la acción formadora en profundidad. Es un estilo que supone toda una actitud de corazón y no poco de ascesis. *"Don Felicísimo era humano con todos en su trato, afable, comprensivo, apreciado por cualquiera que le trataba una sola vez. Los médicos en Badajoz le estimaban y le apreciaban en las visitas de las consultas médicas"*.

De continuo estaba disponible para cualquiera que lo necesitase, mucho más en confesiones y en dirección espiritual. *"Fui testigo durante seis años de tres personas que, a tiempo y a destiempo, iban a consultarle no cinco minutos, sino por más de una hora, no sólo cuando estaba bien, sino también cuando tenía*

dificultades de salud y, a pesar de ello, se prestaba generosamente para atenderlos". Escuchaba a todos y siempre. No tenía prisa en esta tarea. "Persona de paz inalterable, la comunicaba a su interlocutor con una serenidad encomiable. Atendía sin limitación de tiempo, ni manifestar hastio o cansancio. Ello facilitaba y hacía posible la apertura de los corazones que requería la acertada y provechosa dirección espiritual de quienes encaminaban sus vidas por la senda salesiana, primero como director del aspirantado de Montilla en los inicios de su sacerdocio, y posteriormente durante los dieciséis años de Padre Maestro en San José del Valle.

Similar a cualquier ser humano, tenía criterio propio, siempre abierto y jamás cerrado. Exponía con claridad su personal parecer previamente reflexionado con sentido religioso, sin alterarse ni perder la calma cuando alguien disentía del suyo. En tal conducta brillaba su exquisita caridad, que con sencillez notoria traspasaba al admitir opinión diversa a la que él había manifestado".

D. Felicísimo contactó con cristianos bien formados durante su directorado en Montilla, entre los que cabe destacar el Sr. Conde de la Cortina, bienhechor insigne y fundador de la Casa de Montilla y también, en momentos de apuro, mecenas del aspirantado. *"A D. Felicísimo le agradaba la sabrosa y cristiana conversación del Sr. Conde y éste gozaba dialogando con él sobre cualquier tema humano o trascendente que se tratara".*

Su cercanía, siempre correcta y cordial, nunca melosa, inspiraba confianza y serenidad. Era un confidente y consejero certero. Así lo expresa uno de sus directores: *"A pesar de su aparente 'seriedad' para mí D. Felicísimo fue un hombre muy cercano y que vivía en sintonía con los problemas de los hermanos. ¡Cuántas horas hemos charlado en los años que hemos estado juntos! ¡Cuántos buenos consejos me dio a la hora de trabajar en determinadas tareas de animación! Siempre certero y prudente me animaba a trabajar con generosidad por Don Bosco y la Congregación 'que nos lo han dado todo', como tantas veces me recordaba constantemente".*

Fruto, tal vez de esta actitud de escucha y de la correspondiente ascesis, amén de cualidad natural, fuera su gran memoria, capaz de recordar nombres y apellidos de personas que hacía treinta años que no

trataba; sobre todo, recordaba a casi todos los que fueron novicios suyos durante tantos años.

Tenía alma de artista. Con la misma meticulosidad que esculpía las almas, tomaba el pincel y se expresaba en el lienzo. En los últimos años de su vida, cuando las responsabilidades eran menores, vieron la luz numerosos cuadros salidos de sus manos. También su caligrafía denotaba el gusto por las cosas bien hechas.

“Era un hombre suave, apacible y apaciguador; nada de exabruptos ni cosas raras”. Muchos convivieron con él sin verle jamás alterado. Y por otra parte, su exquisita educación y delicadeza, le mantenían atento y agradecido a las personas por todo.

FIEL

El diccionario de la RAE define la fidelidad con dos acepciones. La primera es la lealtad y observancia de la fe que uno debe a otro; la segunda es la puntualidad y exactitud en la ejecución de una cosa. Ambas acepciones pueden aplicarse por entero a la fidelidad de D. Felicísimo. Fue un hombre fiel; es más, fue feliz en su vida y en su vocación. Y fue feliz porque sabía lo que quería y lo vivió con todas sus consecuencias. Sin embargo, no se puede confundir la fidelidad con la inmovilidad. En nuestro caso, la fidelidad se refiere más a la lealtad a Jesucristo el Señor y a Don Bosco que a las formas de expresarlo, tan distintas como lo son las concepciones culturales. En los 82 años de la vida de D. Felicísimo cambiaron muchas cosas, tanto en la cultura, como en la fe, como en la salesianidad; lo cual no perturbó su fidelidad, porque estaba anclada en lo esencial. Fue fiel, pero no inmovilista; lo que denota un fuerte enraizamiento en Dios que lo hizo dócil a los signos de los tiempos. Conoció dos guerras mundiales y la contienda civil española; vivió el Concilio Vaticano II y el Capítulo General Especial, la llegada del hombre a la luna y toda la aceleración de la historia y la cultura del agonizante siglo XX. Pero manifestó siempre su talante espiritual y su libertad de hijo de Dios no aferrándose a nada, sino sólo a Dios.

Fue fiel a Dios. Tenía puesta toda su confianza en Dios. Sentirse en manos de la Providencia de Dios era una de sus constantes, manifestada hasta el final, en su situación de enfermedad. Y esta confianza lo hundía en la oración, pudiéndosele ver con frecuencia en la capilla solo, haciendo su visita, rezando el rosario y algunas partes del breviario.

Y lo que él enseñaba e insistía, lo vivió fielmente durante toda su vida y ayudó a los demás a hacerlo: *“Hemos podido constatar cómo ayudó a los hermanos a crecer personalmente por motivaciones de fe y a lograr la madurez espiritual necesaria para el compromiso definitivo de la profesión”*.

Y fue *observante cien por cien* de las reglas y prescripciones de la Congregación y de la Iglesia, y aunque éstas cambiaran, se entregaba por entero a ellas, con una piedad sencilla pero profunda.

D. Felicísimo fue un fiel comunicador del espíritu salesiano, más con su vida, que con sus palabras. En su época de formador no tuvo la suerte de contar con la investigación, la reflexión ni la literatura salesiana que tenemos en la actualidad, y menos en castellano. Suplía esta carencia con la lectura de las Memorias Biográficas, entonces en italiano, y animaba a leerlas. Bebía más en la praxis salesiana que en las fuentes, pero con su vida comunicaba el estilo de Don Bosco, cifrado en el Sistema Preventivo: razón, religión y amor. A veces su orientación salesiana era hija de las minucias de la época y no tanto de su persona. Pero insistía en el “ser fiel en lo poco” y, lo que es más importante, lo vivía.

De todas formas, nadie puede negar su amor, manifestado, a la Iglesia, al Papa, a Don Bosco y a la Congregación “que nos lo han dado todo”, como él recordaba constantemente.

Manifestaba su devoción a la Virgen Auxiliadora inculcando su amor, rezando todos los días el rosario y llevando siempre estampas de la Virgen, que repartía entre sus sobrinos y paisanos; y sobre todo con el espíritu de servicio, como hacía Ella.

Igual que Don Bosco se manifestaba sacerdote en todas partes, también de D. Felicísimo se puede decir lo mismo, preocupado de ser testigo de Cristo Buen Pastor. Su disponibilidad, en este sentido, fue gigantesca hasta su último aliento.

Seguramente es significativo este admirable testimonio del párroco de su pueblo manifestado en una carta enviada a D. Felicísimo unos meses antes de su muerte, donde se pone en evidencia su celo sacerdotal: *“La verdad es que le hemos echado todos mucho de menos este verano. Tanto Ud., como D. Jesús, con la delicadeza y alegría de Don Bosco, han acompañado muchos años a este pueblo, tan querido, como los ‘párrocos de verano’. En lugar de poder descansar con los suyos, tenían que hacerse a la mesa común, para servir a todos, pequeños y grandes, a veces lo mismo a los niños que había que bautizar, a los jóvenes que querían casarse, o a los mayores que se despedían de nosotros. Pero era sobre todo la Eucaristía de cada día, la que todos los hermanos valoraban más. La Palabra y el Cuerpo del Señor, que tantas veces han partido en esta mesa. Y también de manera especial la cercanía sencilla de la amistad a las alegrías y a las lágrimas de todos. Seguro que a la caída de la tarde, cuando sean examinados de amor, el Señor les dará un abrazo por este servicio inapreciable a sus pequeños... Dé Ud. muchas gracias a los superiores salesianos que con tanta delicadeza le alargaron tanto sus vacaciones para poder acompañar a estas comunidades tan amadas. Bien sabe el Señor lo que tenemos que agradecerle por la familia salesiana, por su testimonio y por su ayuda”*.

Sin duda ninguna habrá sido grande el abrazo que el Padre le habrá dado a D. Felicísimo, “siervo bueno y fiel”, que estuvo siempre a su servicio y al servicio de los hermanos.

Que la Virgen Auxiliadora, que nos regaló en su Hijo todo el auxilio, le acompañe en la travesía de la consumación del amor. Y que D. Felicísimo -que tanto trabajó por las vocaciones- interceda por la perseverancia de los jóvenes que desean entregar su vida a Dios en la Congregación Salesiana.

Fraternalmente,

El director y comunidad de San José del Valle

DATOS PARA EL NECROLOGIO

Sacerdote **Felicísimo Aparicio Picado**, nacido en El Cubo de Don Sancho (Salamanca) el 26 de enero de 1913. Murió en Sevilla el 20 de septiembre de 1995 a los 82 años de edad y 65 de profesión religiosa.

